

OCTUBRE 2022

# ENTRE ZOCOS E INTERNADOS

ITINERARIOS Y PROCEDIMIENTOS EN LAS EXPEDICIONES  
DEL MUSEO ETNOLÓGICO Y COLONIAL DE BARCELONA AL  
PROTECTORADO ESPAÑOL SOBRE MARRUECOS  
(1952-1956)

Una investigación de Andrés Antebi Arnó, Pablo González Morandi,  
Alberto López Bargados y Sarai Martín López

**Entre zocos e internados. Itinerarios y procedimientos en las expediciones del Museo Etnológico y Colonial de Barcelona al protectorado español sobre Marruecos (1952-1956).**

Una investigación de Andrés Antebi Arnó, Pablo González Morandi, Alberto López Bargados y Sarai Martín López .

Observatorio Europeu de Memorias de la Fundación Solidaridad de la Universidad de Barcelona, Grup de Recerca sobre Exclusió i Control Socials (GRECS), Observatori de la Vida Quotidiana (OVQ).

Octubre 2022.

Portada: Eudald Serra realizando un molde de cabeza en la Oficina de Intervención de Xauen. Marruecos, 1956. (A.D., MUEC)

# ABSTRACT

Las colecciones custodiadas por el Museu Etnològic i de Cultures del Món de Barcelona (MUEC) con origen en Marruecos provienen fundamentalmente de las expediciones sucesivas que August Panyella, director y fundador del Museu, organizó de 1952 en adelante, hasta totalizar cinco. De éstas, las tres primeras tuvieron lugar en el marco de protectorado español sobre Marruecos (1952, 1954 y 1956).

El hecho que los fundamentos de la colección marroquí del MUEC se han constituido bajo la dominación colonial española nos ofrece una ocasión inestimable para avanzar una reflexión sobre el modus operandi de las campañas etnológicas en Marruecos, sobre los itinerarios escogidos, la política de adquisiciones y las metodologías utilizadas. Al mismo tiempo, nos permite abrir un debate sobre el papel ejercido por la administración colonial del protectorado en la configuración de esa colección, así como sobre las condiciones éticas y ambiciones científicas de un proyecto museístico desarrollado en pleno franquismo.

Les col·leccions custodiades pel Museu Etnològic i de Cultures del Món de Barcelona (MUEC) amb origen al Marroc provenen fonamentalment de les successives expedicions que va organitzar el director i fundador del Museu, August Panyella i Gómez, des de 1952 en endavant. D'aquestes, les tres primeres es van organitzar en el marc del protectorat espanyol sobre el Marroc (1952, 1954 i 1956).

El fet que els fonaments de la col·lecció marroquina del MUEC s'hagin constituït sota la dominació colonial espanyola ens ofereix una ocasió inestimable per avançar una reflexió acurada sobre el modus operandi de les campanyes etnològiques al Marroc, sobre els itineraris escollits, la política d'adquisicions i les metodologies utilitzades. Alhora, ens permet obrir un debat sobre el paper exercit per l'administració colonial del protectorat en la configuració d'aquesta col·lecció, i sobre les condicions ètiques i ambicions científiques d'un projecte museístic desenvolupat en ple franquisme.

# ÍNDICE

## Introducción

1. Las expediciones, en el marco del protectorado
2. La cooperación de la administración colonial: arqueólogos e interventores
3. El zoco, en el centro de la política de adquisiciones
4. La “orientación científica” del proyecto: la expedición de 1954
5. Ciencia y voluntad de dominio en la colonia
6. Las “instituciones totales” del protectorado español
7. Eudald Serra y las “esculturas antropológicas” en Marruecos
8. Arte, ciencia y dispositivos coloniales de disciplina

## Referencias citadas

# INTRODUCCIÓN

Mientras las expediciones que el Museo Etnológico y Colonial de Barcelona organizó a Marruecos tuvieron lugar en el marco temporal marcado por la existencia del protectorado español (1912-1956), éstas se ciñeron a las fronteras coloniales que lo separaban de la zona francesa. Con mayor o menor capacidad de convicción, los expedicionarios, invariablemente August Panyella, director del museo desde su fundación en 1948, y su compañero de tribulaciones, el escultor Eudald Serra, construyeron un relato que persuadía a sus audiencias de que tanto los itinerarios elegidos como las piezas adquiridas cumplían con un cuidadoso protocolo etnológico, tratando de satisfacer tanto la voluntad de ofrecer un retrato exhaustivo de la variedad de la artesanía del norte de Marruecos como suplir las lagunas en las colecciones siguiendo el esquema tribal y regional al uso en la época. Apoyados en la red de intereses y conocimiento tejida por la administración colonial, los expedicionarios realizaron rápidas incursiones en el bled, en el interior del protectorado, vigilado por un ejército africanista que custodiaba esas posesiones como si se tratase, en efecto, de un botín de guerra.

A pesar del indudable atractivo que ofrecían los zocos de Tetuán para llevar a cabo una cómoda política de adquisiciones casi sin abandonar las habitaciones del Hotel Regina, Panyella y Serra decidieron, en particular en las expediciones de 1954 y 1956, aventurarse en el interior del Rif, no sólo porque contaban con el apoyo de una administración colonial deseosa de demostrar la eficacia de su gobierno sobre las poblaciones árabes y beréberes del norte de Marruecos, sino también porque esa misma administración les impelía a cumplir con las expectativas que les habían llevado al otro lado del estrecho y repertoriar en toda su variedad las manifestaciones de cultura material que España celosamente protegía. Por ello, los expedicionarios se comprometieron con un proyecto que les llevó, a través de las tortuosas pistas del protectorado, de un lado a otro de las posesiones españolas, en cumplimiento de un ambicioso programa de adquisiciones que, años más tarde, tendría continuidad en las expediciones organizadas al antiguo protectorado francés.

Por otra parte, dado que otro de los objetivos del proyecto consistió en la elaboración, por parte de Eudald Serra, de unas “esculturas antropológicas” que permitiesen ilustrar las tipologías raciales de los habitantes del protectorado, los expedicionarios iniciaron desde la primera visita, en 1952, un proceso de selección de los/as modelos que se vio complicado por una serie de factores, abocándolos a recurrir a su localización en diversos centros de internamiento del protectorado.



Protectorado español sobre Marruecos.  
 Mapa de carreteras, 1947. Instituto Geográfico Nacional

# 1.LAS EXPEDICIONES, EN EL MARCO DEL PROTECTORADO

A pesar de que el protectorado sobre la región de Marruecos que “correspondía” al estado español se había establecido formalmente en 1912, en paralelo al francés, la implantación de una administración colonial capaz de ejercer sus prerrogativas a lo largo y ancho del territorio se demoró largo tiempo, tanto por la debilidad financiera de la metrópolis como por las resistencias de todo tipo que las tropas españolas encontraron en su avance hacia el interior, una vez abandonaban la relativa seguridad de las plazas costeras de Ceuta y Melilla. La zona norte del protectorado español sobre Marruecos [1] ocupaba algo más de 20.000 km<sup>2</sup>, aproximadamente las dimensiones de la provincia de Badajoz, un área marcada además por un relieve muy accidentado, de escasa fertilidad y difícil acceso en su mayor parte, que limitaba la aparición de grandes explotaciones agrícolas como las que la administración francesa instalaría, previa confiscación, en las regiones bajo su control [2]. Con un hábitat disperso, una baja densidad de población (925.00 habitantes en 1950 [3], descontando la población con nacionalidad española, lo que proporcionaba 46h/km<sup>2</sup>) y un claro predominio del modo de vida rural (Tetuán, la más grande de las ciudades y capital del territorio, contaba únicamente con 80.000 habitantes en 1950 [4] ), gran parte de la región administrada por España formaba parte de lo que el cínico argot colonial denominaba el “Marruecos inútil”. Por otra parte, aunque la zona más occidental del protectorado, las regiones de Yebala y del Lucus, de las que formaban parte ciudades como Tetuán o Larache, habían estado sometidas en grados distintos, y según las épocas, a la autoridad de los sucesivos sultanes de Marruecos, las regiones de Gomara y sobre todo del Rif, de claro predominio bereberófono, habían gozado en buena medida de una autonomía *de facto*, dado que tanto su aislamiento como su obstinada voluntad de independencia habían actuado como barreras para una eventual sumisión a los dictados del *makhzem*, del estado marroquí.

---

1 A la zona norte había que sumar la zona sur, la conocida como región de Tarfaya, comprendida entre el río Draa y el paralelo 27.40 que marcaba la frontera con el entonces Sáhara Español.

2 Hart (1997a: 34).

3 Censo del Protectorado español de Marruecos, 1950. Gomara, Lucus, Quert, Rif y Yebala Tomo I. Cifras generales, Instituto Nacional de Estadística.

(<https://www.ine.es/inebaseweb/treeNavigation.do?tn=92668&tns=125349#125349>)

4 Censo del Protectorado español de Marruecos, 1950. Gomara, Lucus, Quert, Rif y Yebala Tomo I. Cifras generales, Instituto Nacional de Estadística.

(<https://www.ine.es/inebaseweb/treeNavigation.do?tn=92668&tns=125349#125349>)

Tratándose de sociedades de base rural, la población del protectorado español se organizaba a través de colectivos articulados sobre la base del parentesco, en grandes formaciones que nuevamente la jerga colonial se apresuró a identificar como tribus (cabilas, dhiqba'ir en tarifit, el dialecto bereber dominante en el Rif) y fracciones (secciones de las primeras), celosas de su autonomía y regidas por principios de oposición que generaban un clima de tensión y hostilidad entre grupos, en constante competencia por recursos escasos tales como el agua o las tierras cultivables. Paradójicamente, esos equilibrios precarios entre los grupos sólo llegaron a su fin con ocasión de la colonización, cuando esa invasión exterior movilizó las fuerzas de las distintas cabilas en el marco de una resistencia tenaz. Bajo el liderazgo de Abdelkrim al-Jatabi, las fuerzas rifeñas infligieron al ejército español, a finales de julio de 1921, la que seguramente fue la derrota más severa experimentada por tropas coloniales en África a lo largo del siglo XX [5]. El llamado “Desastre de Annual” y su efecto inmediato, a saber, el acantonamiento de las fuerzas coloniales en la plaza de Melilla y la proclamación de la República independiente del Rif, pusieron en tela de juicio la autoridad española sobre el protectorado al menos hasta la rendición de Abdelkrim ante una operación militar conjunta franco-española en mayo de 1926. De ese modo, aunque la administración española sólo se desplegó verdaderamente sobre la totalidad del territorio a partir de 1927, incluyendo el convulso período de la II República, no fue hasta finalizada la Guerra Civil, con el triunfo de los militares africanistas promocionados en las campañas de Marruecos, que el protectorado se consolidó definitivamente, precisamente cuando comenzaban a sonar las trompetas anunciando la futura independencia de Marruecos.



Vista general de un mercado rifeño. Marruecos, 1954 (J. Lacalle, MUEC)



En ese contexto tuvieron lugar las tres expediciones del Museo Etnológico y Colonial (en adelante, MEC) al protectorado. Tras la expedición fundacional a Guinea en 1948, en que August Panyella tomó parte integrado en un equipo bajo las órdenes de Santiago Alcobé, a la sazón catedrático de antropología en la Universitat de Barcelona [6], se tomó la decisión de que las primeras expediciones con el objeto de ampliar las colecciones “exóticas” del museo (abierto al público en febrero de 1949 en un pabellón del Parc de Montjuïc) se dirigiesen, de manera consecutiva, a Marruecos.

La decisión era, por así decirlo, programática. Las expediciones a Marruecos, que acabarían conformando una de las colecciones más ricas, diversas y numerosas de cuantas contiene el actual MUEC, sirvieron, tal y como queda expuesto en la propia página web del museo “... per incrementar els fons del museu i també com a prova per a expedicions posteriors de més envergadura” [7]. Concebidas como una suerte de test de estrés para una joven institución sin experiencia en la organización de tales proyectos, el protectorado español sobre Marruecos ofrecía un entorno a priori seguro, facilitado por el hecho de que élites que lo gobernaban eran las mismas que lo hacían en la metrópolis. Por otra parte, esa decisión se correspondía con el propósito perseguido por un museo que se denominaba “colonial”, a saber, documentar y exhibir la diversidad de posesiones del imperio mientras se legitimaba la acción colonial por medio de un discurso conservacionista, amparado en la aparente neutralidad de la ciencia etnológica. Marruecos, la pieza más codiciada del imperio, la que más sacrificios había exigido, había de ser la tierra de promisión que diese “... pleno sentido al museo, nutriendo además sus fondos con material documentado de primera mano”[8].



Músicos retratados durante la expedición al Rif. Marruecos, 1954 (J. Lacalle, MUEC)

---

6 Sánchez Gómez (1992: 36-37).

7 <https://www.barcelona.cat/museu-etnologic-culturesmon/ca/coleccions/historia/campanyes>.

8 MEB, L128.05.01.

Así, August Panyella, que asumió la dirección del MEC desde su origen, y su amigo el escultor Eudald Serra, emprendieron la primera de las expediciones al protectorado, entre el 13 de octubre de 1952 y el 11 de noviembre de ese mismo año. La duración del viaje, de aproximadamente un mes, constituiría el modelo sobre el que se desplegarían el resto de las expediciones al país vecino. Aprovechando una invitación que Panyella había recibido para impartir una conferencia en el Instituto General Franco de Estudios e Investigación Hispano-Árabe, y contando en apariencia con el apoyo sin fisuras de las instituciones científicas del franquismo, y en particular del Instituto Bernardino de Sahagún de Antropología y Etnología[9], Panyella fue comisionado por el Ajuntament de Barcelona para “... realizar exploraciones en Marruecos con el fin de enriquecer los fondos del museo”[10]. La recolección debía orientarse en función de tres criterios básicos: arte e industria popular, artes menores y suntuarias, y paleoetnología marroquí preislámica. Las adquisiciones, seleccionadas en teoría para distinguir entre la cultura material de los medios urbanos y burgueses de ciudades como Tetuán y los objetos de naturaleza más funcional producidos en contextos rurales del protectorado, acababan no obstante por componer un collage heterogéneo y algo desordenado que el propio Panyella enumeraba, con cierta indiferencia, a su amigo Jordi Sabater Pi, en una carta que le dirigía en 1954, una vez concluida la segunda expedición a Marruecos:



Pintor de cerámica del zoco de Nador. Marruecos, 1954  
(J. Lacalle, MUEC)



Vendedoras de joyas en del zoco de Nador. Marruecos, 1954 (J. Lacalle, MUEC)

---

9 Creado en 1941 e integrado en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

10 MEB, L128.05.04.

11 Carta de Panyella a Sabater Pi, firmada en Barcelona el 20 de mayo de 1954 (Arxiu Panyella-Amil, MEB, caps 5).

“Les compres han estat nombroses, 345 peces com ja et deia, doncs a pesar de tot portava forces diners (...) Hi ha molta cosa de plata, joies i amulets, joies de metall, martells decorats, teixits, una col·lecció (sic) de peces forjades, molta ceràmica, diferent de la que ja tenia, cistells, coses de fusta tallada i decorada, i algunes coses més soltes”[11].

Pero volvamos a 1952. La España franquista se encontraba a punto de superar el aislamiento que había padecido como consecuencia de la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial, con la inminente firma del Concordato con la Santa Sede y un progresivo acercamiento a los Estados Unidos que, en el marco de la lucha contra el comunismo internacional, daría lugar a los Pactos de Madrid de 1953. Mientras el régimen comenzaba a consolidarse en el plano internacional, el Marruecos español atravesaba asimismo un período de relativa calma. El movimiento nacionalista marroquí, que se había dado a conocer con la notoria oposición al Dahir Bereber de 1930[12], acumulaba fuerzas tras la guerra para tomar impulso con el discurso que el sultán Mohammed V pronunció en Tánger -en aquel momento ciudad internacional- el 10 de abril de 1947, cuando, de forma un tanto inesperada, hizo suyo el ideario independentista[13]. Con la resistencia anticolonial activa en las principales ciudades del Marruecos francés, así como en Tánger y Tetuán, la administración de Rabat trató de reprimir las expectativas de una vía rápida hacia la independencia, y encontró en el General Varela, Alto Comisario de España en Marruecos y, por tanto, máxima autoridad de la zona norte del protectorado, un valioso aliado. Sin embargo, la muerte repentina de Varela en 1951 provocó el nombramiento de Rafael García Valiño como nuevo Alto Comisario, iniciándose un viraje importante de la política española en relación con el movimiento nacionalista, un cambio de rápidas consecuencias. En esencia, García Valiño se alineaba estrictamente con la política pro-árabe de que hacía gala el régimen franquista en aquella época, cristalizada en la célebre “hermandad hispano-marroquí”[15], y asumía una retórica emancipadora -absolutamente contradictoria tanto con los modos autoritarios del gobierno colonial como con los ejercidos en la propia metrópolis- que desembocaría en una tolerancia hacia los movimientos nacionalistas y anticoloniales que tomaban el Marruecos francés como campo de actuación[16]. En el absurdo convencimiento que España, que se imaginaba unida por lazos históricos y de sangre a sus hermanos marroquíes, podría mantener su protectorado pese a una eventual independencia de la zona francesa, la zona española se convirtió temporalmente en una especie de santuario para la resistencia anticolonial que se abatía sobre la zona francesa, mientras se interrumpía en paralelo la tensión nacionalista en la primera. La expedición de 1952, organizada como dijimos con anterioridad entre octubre y noviembre, pudo desarrollarse en ese período, sobrevolado por una efímera pax colonial, en el que las autoridades del protectorado pudieron volcarse en complacer a los expedicionarios y ayudarles a cumplir con sus objetivos.

---

12 Hart (1997b).

13 Pennell (2001: 272).

14 Madariaga (2017: 487).

15 Vid. Mateo Dieste (2003).

16 Madariaga (2017: 508).

## 2. LA COOPERACIÓN DE LA ADMINISTRACIÓN COLONIAL: ARQUEÓLOGOS E INTERVENTORES.

Panyella, por otra parte, contaba con buenas cartas en su favor, fruto de su propio capital, acumulado en sus años de formación en Barcelona. Hijo de una familia de la pequeña burguesía catalana de raíces inequívocamente catalanistas, Panyella había estado afiliado durante la década de 1930 a Palestra, la organización patriótica fundada por Batista i Roca, y compartía los ideales del escultismo al formar parte de los Minyons de Muntanya. A pesar de que en la hoja de ingreso del joven Panyella en la asociación catalanista era calificado de “persona adicta al Govern de la Generalitat de Catalunya i de la República”[17], y pese a que su padre Josep había sido movilizado en la defensa pasiva y más tarde como oficial de Ingenieros, lo que le valió el exilio, el confinamiento en Argelès y un internamiento posterior en un campo de Sevilla[18], el joven August, con 19 años, pasó sin problemas la clasificación de la Comisión Depuradora en agosto de 1940[19], lo que le permitió iniciar una carrera universitaria.

En una exhortación pronunciada durante el homenaje a su amigo de la infancia, Miquel Tarradell -con quien había coincidido en el Institut Balmes, entonces en la Plaça Universitat, a partir de 1933-, organizado por la Universitat de Barcelona en 1995, Panyella confesaba su desconcierto ante los antagonismos sociales que habían desembocado en la guerra, y señalaba que tanto él como Tarradell habían seguido el consejo que les diera Bosch i Gimpera, una apuesta teñida de pragmatismo e instinto de supervivencia que consistía en “... fer oposicions, i per tant fer mèrits i acceptar la plaça tècnica provisional que sortís”. Y así lo hizo.

Matriculado en la facultad de Derecho, Panyella combinó las milicias universitarias con su participación en diversas excavaciones dirigidas por Martín Almagro y Lluís Pericot, que le permitieron introducirse en el campo de la arqueología, de la que en aquel momento dependían las escasas investigaciones etnológicas que podían tener curso en la Catalunya de la inmediata postguerra[21]. A partir de octubre de 1943, fue nombrado becario de la sección de arqueología del CSIC en Barcelona[22], y mientras lograba un certificado de buena conducta del delegado provincial de la Falange en Barcelona[23] de 1944, preparaba su documentación de adhesión al régimen y de moralidad para ser reconocido como

---

17 Arxiu Panyella-Amil, MEB, capsa A9 expedient 1.

18 Arxiu Panyella-Amil, MEB, capsa A9 expedient 1.

19 Arxiu Panyella-Amil, MEB, capsa A9 expedient 1.

20 Arxiu Panyella-Amil, MEB, capsa A9 expedient 3.

21 Arxiu Panyella-Amil, MEB, capsa A9 expedient 3.

22 Arxiu Panyella-Amil, MEB, capsa A9 expedient 1.

23 Arxiu Panyella-Amil, MEB, capsa A9 expedient 1.

miembro del Colegio Oficial de Filosofía y Letras, que finalmente obtuvo en 1945[24]. De ese modo, en 1952, cuando visitaba por primera vez el protectorado en tanto que director del Museo Etnológico y Colonial de Barcelona, Panyella tiró del hilo invisible que unía al pequeño grupo de arqueólogos y etnólogos que habían sobrevivido en el desierto de la Catalunya de la postguerra. Al otro lado encontró a su viejo amigo de juventud, Miquel Tarradell, en aquel momento director del Museo Arqueológico de Tetuán.

El Arqueológico jugó un papel decisivo en las tres expediciones organizadas bajo el signo del protectorado. Tarradell, quien, gracias las conexiones de Almagro entre las autoridades franquistas, había logrado su nombramiento como Inspector de Excavaciones y Director del Museo Arqueológico de Tetuán en el año 1948[25], asumía desde ese mismo año la dirección de la excavación de la ciudad púnica y romana de Lixus, en las proximidades de Larache, por lo que no pudo estar presente en Tetuán en el momento en que llegaron los expedicionarios venidos de Barcelona -quienes se desplazaron, de hecho, hasta las excavaciones para encontrarse con él el 16 de octubre. A pesar de su ausencia, Tarradell puso tanto el personal como las instalaciones del museo que dirigía a disposición de las necesidades del MEC. De hecho, el Arqueológico funcionaría como base logística en las tres expediciones: allí se depositaban los objetos adquiridos por Panyella en el zoco de Tetuán, allí se enviaban –en camión, barco o autocar- las compras realizadas en el interior del territorio, allí se procedía a hacer un primer inventario de las piezas y, finalmente, allí se armaban los bultos que luego se enviaban a Ceuta para su posterior traslado por vía marítima hasta el puerto de Barcelona. En cuanto al personal del museo, el secretario Cecilio Giménez Bernal amplió sus funciones durante las tres campañas del MEC para asumir la gestión administrativa de las expediciones, la recepción y depósito de las adquisiciones realizadas en el interior del territorio, el pago y control de los fletes bajo las órdenes de Panyella, etc. Alejandro Tomillo, el restaurador y dibujante del servicio de excavaciones del protectorado, colaboró habitualmente con Serra, ayudándole a moldear y también a vaciar los moldes de los bustos que el escultor preparaba durante las expediciones cuando éstos llegaban a Tetuán. Hasta el ordenanza, un rifeño identificado como Mohamed ben Maimón, les hizo de guía en varias ocasiones, apareciendo en consecuencia en las minuciosas partidas de gastos que Panyella reelaboraba constantemente.

Pero los trabajadores del Arqueológico no fueron los únicos comprometidos en las campañas etnológicas del MEC. Al día siguiente de su llegada a Tetuán, Panyella y Serra fueron a visitar al todopoderoso Delegado de Asuntos Indígenas del protectorado, Tomás García Figueras, un militar y arabista presente en el territorio desde la década de 1910 y cuyo concurso era imprescindible para la buena marcha del proyecto, puesto que de él dependían las Oficinas de Intervención, verdadera correa de transmisión de las decisiones tomadas por la Alta Comisaría a lo largo y ancho del territorio.

---

24 Arxiu Panyella-Amil, MEB, caps A9 expedient 1.

25 Gonzalbes y Parodi (2011: 200).

Los interventores, que en principio eran los funcionarios encargados de tutelar la acción del gobierno marroquí sobre las cabilas, y que en realidad asumían la administración cotidiana de aquéllas, así como los servicios de información e inteligencia, eran las figuras clave para cualquier iniciativa que deseara abandonar la seguridad relativa de Tetuán y el resto de ciudades para penetrar en las cabilas del interior. Como verdaderos “agentes geopolíticos”[26], su cometido consistía en disponer de todas aquellas informaciones que pudiesen ser relevantes para garantizar y consolidar el control colonial sobre el territorio. Tras una permanencia más o menos larga e intensa en las cabilas, y dadas las funciones que tenían encomendadas, algunos interventores habían acabado por desarrollar un verdadero interés por las sociedades que administraban, convirtiéndose en improvisados etnólogos que, con mayor o menor éxito, elaboraban monografías un tanto apresuradas o almacenaban la cultura material de la comarca, exhibida en pequeñas galerías o museos que custodiaban en las propias intervenciones[27]. Esa “paraetnografía militar”[28], evidentemente condicionada por los intereses políticos que defendían sus autores, constituía la principal literatura de consulta disponible para quienes, como Serra y Panyella, quisieran profundizar en el complejo mosaico tribal del protectorado, de manera que la visita a García Figueras, que se repitió casi como una liturgia obligada en el inicio de cada una de las expediciones, pretendía no sólo agasajar a la máxima autoridad del protectorado en cuestiones patrimoniales, sino también ganarse la cooperación de su red de interventores y asimismo acceder a la biblioteca de la Delegación de Asuntos Indígenas, donde se acumulaban los informes periódicos que llegaban de todas las oficinas de intervención.

En todo caso, Panyella y Serra, y gracias a los salvoconductos proporcionados por García Figueras, se apresuraron a contactar con los interventores desde el primer viaje, cuando, con ocasión de su visita a Xauen, se personaron al llegar en la oficina del interventor, Carlos Pérez Roig, a quien calificaban de “amigo de la arqueología y la etnología”[29]. De hecho, el procedimiento se repetía una y otra vez: en cuanto les era posible, enviaban un aviso previo de su inminente llegada al interventor de la localidad que tenían previsto visitar, se reunían con él, le exponían los motivos de su presencia –invariablemente, la compra de piezas en el zoco correspondiente, así como la identificación de modelos para las esculturas de Serra-, y recababan su ayuda para introducirse en el medio social y político de la zona en cuestión. En algunas ocasiones, la ayuda solicitada se limitaba a conseguir un guía que les acompañase al zoco, pero en otras, se movilizaban las diversas autoridades de la zona para acceder a una prisión o a un reformatorio, una práctica que, como veremos seguidamente, acabó convirtiéndose en un rasgo estructural en la dinámica de las propias expediciones.

---

26 Villanova (2005: 95-96).

27 En la expedición de 1956, Panyella y Serra tuvieron, por ejemplo, la oportunidad de visitar el pequeño museo que contenía la Oficina de Intervención de Uad Lau de la mano de su responsable, el capitán Torrado Sánchez (MEB L128 07 02).

28 Mateo Dieste (2002).

29 MEB L128 05 02.

### 3. EL ZOCO, EN EL CENTRO DE LA POLÍTICA DE ADQUISICIONES

Las compras en los zocos constituían el centro sobre el que pivotaban las expediciones, al fin y al cabo el motivo que justificaba los esfuerzos financieros del Ajuntament y el infatigable compromiso de los expedicionarios. La documentación relativa a las expediciones, disponible en los archivos digitalizados que el Ajuntament de Barcelona aloja en el portal del Museu Etnològic i de Cultures del Món (en adelante, MUEC), custodia cientos de páginas mecanografiadas, notas manuscritas y anotaciones al margen con listas interminables de las adquisiciones, con el precio pagado por cada una de ellas, la fecha de su adquisición, el nombre del comercio del zoco en que fueron adquiridas, así como otras informaciones relevantes, relativas a la denominación autóctona del objeto, su funcionalidad, etc. Nadie puede decir que Panyella, autor en su práctica totalidad de esas notas, no fuese un hombre organizado. Tras la revisión de todas esas series se percibe una personalidad metódica, persuadida de la necesidad de cuantificar hasta el menor gasto sucedido durante los viajes: las entradas del cine de Tetuán en el que una tarde echaban Guerrilleros en Filipinas (*American guerrilla in the Philippines*, Fritz Lang, 1950), la propina entregada al mozo que descargaba los bultos en la puerta del Arqueológico, el whiskey consumido en el Club Náutico de Nador, las indemnizaciones entregadas a los modelos de Serra y, por supuesto, los 1.255 objetos adquiridos a lo largo de tres campañas[30].



Zoco de cerámica en Risani. Marruecos, 1967 (José Elías, MUEC)



Vendedoras de joyas del zoco de Nador. Marruecos, 1954 (J. Lacalle, MUEC)

---

30 Soriano (2010). En otro lugar, Huera & Soriano (1991) hacían ascender esa cifra a 1.626 piezas. De esa colección, sólo 104 objetos se encuentran actualmente en exposición al público.

Panyella, a su modo, trataba de captar la atmósfera pragmática del zoco, atravesada por una auténtica promiscuidad de encuentros en medio de una “confusión insuperable”, a la que se refería Clifford Geertz en su monografía sobre el suq de Sefrou, institución y forma cultural que, en opinión del antropólogo norteamericano, mejor representaba el ethos marroquí[31]. En el diario de campo de la expedición de 1952, se refería a la “... densitat dels carrers, als venedors o venedores adossats a les parets, homes, dones i turistes indiferents uns als altres...”, al “... mar humà de les placetes” donde “... la paraula més sentida... és “compte”, repetit incansablement tot guiant els carrets carregats de carbó, cals, gra, etc., pel mercat o portant el carret de les escombraries...”[32]. Subrayaba, igualmente, el protagonismo de los talleres del zoco, en cuyo interior “... s’hi esmorza, fuma, beu te, aspira kifi...”, mientras se concitaba un foro improvisado con las últimas noticias, puesto que también allí “... s’hi escolta la ràdio –a la que son molt aficionats, doncs les [emisoras] nord-africanes, i egípcies donen molta música i notícies del mon àrab, p.e. el 1er dia que la O.N.U parlà del problema Tunez-Marroc, en que a més per solidaritat tancaren bastants botigues i tallers” [33].

Para navegar en ese laberinto, Panyella y Serra también contaron con apoyos firmes. Ya en los primeros días en Tetuán entraron en contacto con un comerciante del zoco, Mohammed Chaib, probablemente por indicación del personal del Arqueológico, y a quien Serra describía en sus escuetos diarios como “... un tipo muy interesante y muy bien relacionado con todo el asunto indígena”[34]. La confianza que prestaron a Chaib fue tal que una parte significativa de las compras, tanto en la expedición de 1952 como en las siguientes, la realizaron en su comercio. De hecho, la primera incursión en el interior del territorio la hicieron en compañía del comerciante, que les arrastró hasta su localidad natal, Tagsut (actual Taghzout), en el Rif Occidental; como no podía ser de otro modo, los expedicionarios complacieron a su anfitrión realizando importantes compras en el zoco del poblado, con la intervención de Chaib[35]. No fue el único comerciante del zoco de Tetuán con el que trabaron una relación estrecha y continuada en el tiempo. Ahmed R’Kaina, por ejemplo, dueño del Bazar Atlas en el zoco de Tetuán, también gozó de prerrogativas parecidas.

A decir verdad, las eventuales promesas de autenticidad en las adquisiciones realizadas en el zoco de Tetuán quedaban en entredicho. Uno de los argumentos que Panyella había expuesto en el momento de justificar su proyecto, esto es, la documentación de las artes suntuarias propias de la sofisticada vida urbana marroquí, debía afrontar la evidencia de que una parte de la industria artesanal marroquí, tanto la célebre marroquinería como la joyería, la elaboración de alfombras y tapices o la industria del latón, contaba con una producción seriada que en buena medida nutría el incipiente mercado turístico,

---

31 Geertz (1979).

32 Arxiu Panyella-Amil, MEB, caps A8 expedient 3.

33 Arxiu Panyella-Amil, MEB, caps A8 expedient 3.

34 Cuadernos de Viaje, 1947-1991 (Fundació Folch de Barcelona).

35 Entre otras cosas, fuelles, herramientas de carpintería y aperos agrícolas (Diari de camp de l’expedició de 1952, MEB L128 05 02).



así como los gustos exotizantes de la élite africanista que gobernaba tanto en Madrid como en el protectorado. Al fin y al cabo, la existencia de uniformes inspirados en el imperio colonial databa como mínimo de la formación, en 1911, de las primeras unidades militares indígenas integradas en el ejército español[36], y bien puede decirse que a partir de entonces el estilo moruno constituyó un signo distintivo de esa élite, a la postre vencedora de la guerra, que se complacía en mostrar su empatía con el pueblo que administraba vistiendo ostentosas chilabas, decorando los salones de sus oficinas y casas particulares con motivos arabizantes y apareciendo en las estampas de la época con un colorido fez en la cabeza y una gumía –en una inmediata evocación fálica- sujeta en el centro del cinturón. Por otra parte, algunos comerciantes de Tetuán, como Abdeslam ben Mohamed El Alami, contaban con un circuito de ventas internacional tan saneado que les permitía, por ejemplo, abrir una sucursal en el centro de Madrid[37].

Ahora bien, el desarrollo alcanzado por ese mercado tenía sus contrapartidas. Salvo excepciones, cualquier distinción que quisiera establecerse entre la producción para consumo propio, para la exportación y para satisfacer la demanda turística se esfumaba, pues los diferentes compradores acudían en esencia a un único mercado que canalizaba la producción de los talleres, rompiendo las fronteras que solían distinguir entre la relativa singularidad de una obra artesanal y la repetición seriada que exigía cubrir una demanda tan amplia. No hay duda de que las piezas escogidas eran convincentes y estaban bien confeccionadas, por cuanto que eso dependía del precio que aquéllas alcanzaban en un mercado libre, y es lógico pensar que, a pesar de las limitaciones que imponía el presupuesto del Ajuntament de Barcelona, los expedicionarios fuesen buenos postores. Ahora bien, es preciso reconocer que la colección “suntuaria” marroquí no difería sino por la cantidad del tipo de adquisiciones que podía realizar un turista avezado, lo que de hecho cuestionaba la propia necesidad de la colección. Si la selección que pretendía ilustrar la cultura material de la burguesía urbana marroquí era semejante a la que decoraba los salones morunos de las oficinas de Intervención o las vitrinas de exposición que los funcionarios del protectorado alojaban en sus hogares, ¿qué sentido tenía la colección sino la de perpetuar la fascinación exótica del colonizador a través de su institucionalización en un museo? La cuidada exposición de los hallazgos de bazar que Panyella organizaba en el Palau de la Virreina al retorno de cada nueva expedición era, así, una consagración de las habilidades coleccionistas del turista experto, y también una pequeña feria de muestras colonial, pero en modo alguno un repertorio guiado por criterios de restitución etnográfica de una vida social. En esa selección se exhibía la potencia de la industria marroquí de artesanías, pero se ocultaba el hecho de que la burguesía a la que teóricamente se destinaban todos esos objetos demandaba y consumía con avidez buena parte de las manufacturas que podían comprarse en los comercios de cualquier ciudad de la península.

---

36 Marín (2015: 158).

37 Marín (2015: 158).

37 MEB L128 05 03.

Esa situación se acentuaría en las dos expediciones que el equipo del Museu Etnològic –ya desprovisto de la coletilla colonial a partir de 1958[38]- organizaría a Marruecos en la década de 1960, después de que el país alcanzase la independencia. La improvisación que las presidió ya es, por sí misma, significativa. La cuarta expedición, organizada en marzo de 1967, dados los costes y peligros que en ese momento comportaba el viaje, previsto inicialmente, al África Central, constituyó una solución de urgencia dada la imposibilidad de desplazarse a la zona continental de la Guinea española, Camerún y Tchad. Así, el presupuesto destinado a la expedición al África central en 1966 se transfirió íntegramente al año siguiente, lo que por otra parte ofreció un margen de maniobra sin precedentes en la política de adquisiciones de piezas marroquíes. A esas cuentas holgadas se le sumó la posibilidad de contar con un Land-Rover del Ajuntament, lo que facilitaba enormemente la logística. Aunque una avería del coche obligó a modificar el itinerario diseñado inicialmente, la expedición concentró esta vez sus esfuerzos en las grandes ciudades del centro y sur de Marruecos, Fez, Marrakech, Taroudant, Safi o Essaouira, donde, sin ningún rubor, los expedicionarios –Panyella, esta vez acompañado por un funcionario del museo, Juan Elías Garriga- anunciaron que la partida para realizar investigaciones etnológicas se dedicó a la compra de “objetos etnológicos” (sic) en los principales bazares de Fez, Safi o Marrakech. En cuanto a la quinta y última de las expediciones a Marruecos, organizada a caballo entre 1969 y 1970, resultó limitada por las graves inundaciones que ese invierno padeció el país, pero esa circunstancia no modificó en absoluto la política sistemática de adquisiciones en los grandes y lujosos bazares de Fez, Marrakech o, nuevamente, Tetuán, donde Panyella volvería a encontrarse con alguno de los comerciantes que ya había conocido casi veinte años antes.



Autobús accidentado en la carretera de Alhucemas a Nador. Marruecos, 1954 (J. Lacalle, MUEC)



Los expedicionarios Panyella y Serra fotografiados con una familia de notables Beni Urriaguel. Axdir, Marruecos, 1954 (J. Lacalle, MUEC)

## 4. LA “ORIENTACIÓN CIENTÍFICA” DEL PROYECTO: LA EXPEDICIÓN DE 1954

Recuperemos el hilo argumental. La segunda expedición a Marruecos, que tuvo lugar entre el 9 de abril y el 1 de mayo de 1954, fue sin duda la más ambiciosa de cuantas se organizaron con destino a Marruecos. El 20 de agosto de 1953, el Residente General francés en Marruecos, el general Guillaume, provocó un golpe palaciego y envió al sultán Mohamed V al exilio de Madagascar (*via* Córcega). Una mezcla de solidaridad e indignación atravesó Marruecos, impactando también en el protectorado español, de manera que las acciones armadas de la resistencia contra la colonia francesa se multiplicaron exponencialmente[41]. El exilio no hizo más que acentuar la naturaleza carismática del poder del sultán, ofreciendo a sus súbditos un modelo de abnegación y sacrificio que actuó como coagulante del movimiento nacionalista a ambos lados de la frontera colonial. Las autoridades españolas del protectorado, que según parece no habían sido informadas de la decisión tomada por sus homólogos franceses, rechazaron rotundamente la deportación del sultán legítimo y su sustitución por un pariente, Mohamed ben Arafa, identificado por los marroquíes como un simple títere de los franceses. Barruntando incluso la posibilidad de una secesión de la zona española, García Valiño se dejó llevar por intereses cortoplacistas y aumentó más si cabe la presión sobre el protectorado vecino, llegando “... a apoyar las actividades de la resistencia marroquí contra la ocupación francesa (...) cuyos miembros encontraron en la zona española refugio y todo tipo de facilidades, incluido el suministro de armas y municiones” [42]. Por bien que se tratase de una calma artificial, que sin duda precedía a la tempestad, el protectorado español sobre Marruecos prorrogaba un período de estabilidad y de ausencia de grandes tensiones políticas que sin duda favoreció los intereses de los expedicionarios del MEC en su segunda incursión en el país.

En el informe correspondiente a la expedición de 1954, redactado con toda seguridad por Panyella, podemos percibir las grandes líneas que presidían las iniciativas del MEC en el protectorado español, los grandes principios que justificaban semejante dedicación. En primer lugar, y tras la alusión habitual al “interés etnológico extraordinario” del país, Panyella destacaba la necesidad de constituir colecciones de “la zona de influencia española”, donde además la logística venía facilitada por el hecho de que no se precisaban visados ni cambios de moneda. Ahora bien, ante la constatación de los medios financieros limitados con que contaba el MEC, Panyella proponía dilatar la recolección en varias etapas, contando precisamente con las facilidades señaladas, para así poder “orientar científicamente” el estudio y la recolección. En lo que se refiere a la segunda finalidad, la recogida de piezas para el museo que representaba, esa “orientación científica” significaba para

---

40 Rivet (2012: 341).

41 Zade (2006: 153) contabilizaba un total de 4.520 atentados contra las autoridades coloniales en el período comprendido entre el 20 de agosto de 1953 y el 6 de abril de 1956, fecha en que España concedió oficialmente la independencia a Marruecos.

Madariaga (2019: 568-569).

42MEB L128 06 07.

Panyella proceder a “adquisiciones poco vistosas”, así como “un intento de obtención exhaustiva de tipos e iniciación de series” [43].

Si el regateo litúrgico en los grandes bazares destinado a la adquisición de piezas suntuarias parecía desmentir esa orientación científica, es cierto que las campañas de la década de 1950, en especial la de 1954, se ajustaban mejor a ese ideal. En primer lugar, y como ya se ha señalado, las condiciones sociales y políticas del protectorado aún permitían una exploración exhaustiva del territorio, visitar las áreas más inaccesibles y realizar compras en los zocos rurales más aislados. El itinerario seguido en la segunda expedición, que saliendo de Tetuán atravesaba Gomara y todo el Rif de oeste a este, alcanzando localidades muy cercanas a la frontera con el protectorado francés como Afso (Afsou) o Driuch, completaba parcialmente las exploraciones de la expedición precedente y, en cierto modo, permitía el cumplimiento de los objetivos de lograr una panorámica global de la producción material de las cabilas del protectorado.

En segundo lugar, tal vez influidos por la presencia de David M. Hart en el protectorado, quien desde 1952 estaba realizando un trabajo de campo intensivo en el Rif central, entre los Ayt Waryaghar (Beni Urriaguel en la nomenclatura colonial al uso), a su llegada a Tetuán, Panyella manifestó ante García Figueras su intención de llevar a cabo un estudio monográfico sobre los Beni Bu Gafar, una cabila costera situada al oeste de Melilla, a la manera de la antropología funcionalista, hegemónica en las academias en aquel momento[44]. Panyella, que parecía tener dudas sobre la cabila más idónea en que llevar a cabo su estudio monográfico, solicitó diversas cartas de recomendación, dirigidas a los interventores de las cabilas en discusión. Cecilio Giménez Bernal, el secretario del Museo Arqueológico y verdadero fixer de las expediciones del MEC al protectorado, dirigió varias notas a sus contactos en el Rif oriental, indicando que la naturaleza de la expedición del MEC era “... el estudio de la etnología del territorio”[45]. Por su parte, Fernando Frade, funcionario de la DAI, escribió una carta a Ricardo Santandreu, interventor de Beni Sicar, mientras Santiago Alonso García Pimentel, que trabajaba en la Información Territorial del Quert, hacía lo propio con el interventor de Driuch, Rafael Hernández Franch[46]. La maquinaria del protectorado parecía bien engrasada.

---

43 La alusión a las “adquisiciones poco vistosas” aparece en las notas manuscritas de Panyella, pero en cambio está ausente en el informe final, que elevó a los responsables culturales del Ajuntament de Barcelona.

44 MEB L128 06 03.

45 MEB L128 06 05.

46 MEB L128 06 05.

Así, tras varias jornadas en Tetuán, en las que los expedicionarios alternaban algunas horas de estudio en la biblioteca de la Delegación de Asuntos Indígenas con las habituales adquisiciones en el zoco, convertidas casi en una rutina, pusieron rumbo a Alhucemas (Al-Hoceima), con la intención de realizar adquisiciones en la cabila de los Ayt Waryaghar. Sabemos, por unas notas recogidas en el diario personal de Eudald Serra conservado en la Fundació Folch, que en Izmoren contactaron con David Hart, y que el antropólogo norteamericano y el propio Serra levantaron el plano de una casa abandonada en aquella localidad[47]. Esa demora en su viaje hacia el Rif oriental, donde tenían previsto realizar el estudio monográfico, y en definitiva su dedicación a las prioridades impuestas por la adquisición de piezas para el museo, sugiere claramente que una parte de las investigaciones “científicamente orientadas” se relegaba para una futura nueva visita.

Sea como fuere, el estudio monográfico nunca llegó a ver la luz. La propia dinámica de las expediciones, con estancias aproximadas de un mes en el territorio, y donde la prioridad era la recolección de objetos, hacía imposible una investigación semejante. Y si Panyella tenía previsto aplazar a un futuro inmediato esa tarea, lo cierto es que las condiciones políticas del protectorado comenzaron a degradarse rápidamente, de manera que en la tercera expedición, que tuvo lugar entre el 27 de diciembre de 1955 y el 25 de enero de 1956, la alternativa de un estudio monográfico que demandase una estancia prolongada en alguna cabila del interior se convirtió en una quimera. Al respecto de la expedición de 1956, Serra destacaba en su diario un importante incidente, con muertos y heridos -un atentado, con toda probabilidad-, que había obligado a realizar una parte del recorrido en autocar, en dirección a Alhucemas, acompañados de la Mehaznia[48]. Sabemos también que poco después de la partida de los expedicionarios, el 5 de marzo de 1956, tuvieron lugar graves disturbios en Tetuán[49]. La situación se había vuelto explosiva. En efecto, en el tiempo transcurrido entre la segunda y tercera expedición, la resistencia anticolonial y nacionalista había acabado por desbordar por completo a las autoridades francesas, que se vieron finalmente en la obligación de permitir, en medio de un estallido de júbilo colectivo, el regreso del sultán Mohamed V y su restauración en el trono, antesala de las negociaciones de La Celle-Saint-Cloud que, ya el 8 de noviembre de 1955, garantizaban el acceso de Marruecos a la independencia, alcanzada formalmente el 2 de marzo de 1956[50]. Las autoridades españolas, que habían apostado por un apoyo tácito al movimiento anticolonial, en la fantasía de que sus proclamas de amistad con los pueblos árabes bastarían para lograr mantener la zona española en condiciones de protectorado, se daban un baño gélido de realidad y, arrastradas por la corriente de la historia, se veían obligadas a negociar a regañadientes el acceso a la independencia de la zona norte, que se consumaría el 7 de abril de 1956, sumándose pues a la liberación del Marruecos francés.

---

47 Cuadernos de Viaje, 1947-1991 (Fundació Folch de Barcelona).

48 *Cuadernos de Viaje, 1947-1991* (Fundació Folch de Barcelona).

49 Extenagusia Atutxa (2018: 195).

50 Rivet (2012: 344).

## 5. CIENCIA Y VOLUNTAD DE DOMINIO EN LA COLONIA

Pero si las rutinas cotidianas descartaron las veleidades de realizar una monografía clásica en el marco tribal, distinta fue la “orientación científica” que guió los procesos de recolección de las tres expediciones. Es cierto que el escalado de las adquisiciones en tres etapas, la posibilidad de ir cubriendo nuevas regiones a medida que se visitaban otras, permitió ofrecer una visión de conjunto de la cultura material de los pueblos del protectorado, un proyecto que, con la excepción de Guinea, que no por casualidad compartía con el protectorado su condición de colonia española, no tuvo parangón con ninguna otra expedición realizada a otras latitudes. En el caso de la campaña de 1954, y dado que la primera expedición había recolectado en la zona de los “bereberes sanhaja orientales” (Targuist y Taghut), se concentró los esfuerzos precisamente en la región de los Ayt Waryaghar, en las zonas de Axdir -donde Abdelkrim había establecido su cuartel general durante los años de la Ripublik- y Tamassint, así como en el país de los “bereberes kelaia”, esto es, los zocos de la región del Rif oriental, tales como Driuch y Afso, pero también los más próximos a Melilla, como Beni Sicar, Beni Bu Gafar y la propia Nador. En la memoria de la expedición de 1954, Panyella destacaba los esfuerzos dedicados a una “segunda encuesta de técnica alfarera, modelado y pintado a mano por las mujeres, de la bella cerámica Beni Urriaguel [Ayt Waryaghar], que es uno de los mejores exponentes del arte geométrico y anicónico bereber”[51], pero también enumeraba importantes adquisiciones en el campo del arte vestimentario, en cestería, calderería o joyería.



Ceramista modelando. Axdir, Marruecos, 1954 (J. Lacalle, MUEC)

Ahora bien, las hipótesis científicas que informaban las metódicas adquisiciones del MEC invocaban principios teóricos a caballo entre el difusionismo y el evolucionismo, corrientes desarrolladas en el último tercio del siglo XIX y que aún gozaban de gran predicamento en el campo de los estudios sobre cultura material a mediados del siglo pasado. Así, en el momento en que Panyella pasaba de la práctica de la recolección al campo de la interpretación de los hallazgos adquiridos, movilizaba una serie de lugares comunes que no precisaban de evidencias empíricas, sino que daban por descontados insólitos préstamos culturales transmitidos a través del tiempo y del espacio o misteriosas supervivencias cuyo significado, remitiéndose indefectiblemente a la noche de los tiempos, se hallaba en los habituales cultos prehistóricos a la fertilidad. Así, por ejemplo, en relación con la serie de piezas adquirida con ocasión de la cuarta expedición (1967), Panyella informaba de esa suerte de relación inmanente entre la civilización del Antiguo Egipto y los pueblos bereberes al subrayar el origen remoto de un motivo que decoraba una vasija:

“Es nada menos que la barca del sol, con una imagen alta en el centro de la embarcación y una línea ondulada representando al agua. La barca es un modelo egipcio, que se ha conservado más o menos modificado, en el lago Chad”[52]

Las alusiones al Antiguo Egipto daban asimismo pie a rescatar el imaginario sórdido de los pueblos primitivos, gobernados por el miedo y la barbarie, así como su gusto por los sacrificios, en particular los humanos:

“Esa otra figura humana, que aparece en una alfombra bereber del Atlas Medio, acaso recuerda las figuras egipcias de las pinturas murales, rupestres o sobre tabla. Posiblemente sea la representación de un sacrificador, con una cabeza en cada mano”[53].

Esas interpretaciones, construidas sobre la base de un formalismo simplificador, atento únicamente a las similitudes morfológicas entre motivos geométricos de una variedad necesariamente limitada, permitía, tal y como acabamos de señalar, el recurso al locus clásico de los ritos de fertilidad:

“Esta antigua alfombra marroquí de estilo Ait Zar es especialmente valiosa por la presencia de la figura humana entre sus motivos decorativos, lo que en el arte marroquí es rarísimo. Su origen es claramente preislámico y su significado actual ya nebuloso, aunque parece ser que entronca con ritos de fertilidad”[54].

---

52 Arxiu Panyella-Amil, MEB, caps A8 expedient 1.

53 Arxiu Panyella-Amil, MEB, caps A8 expedient 1.

54 Arxiu Panyella-Amil, MEB, caps A8 expedient 1.

Estas estrategias interpretativas no tenían nada de excepcional. Eran corrientes en los estudios sobre cultura material de la época, y constituían, por ello, textos que dialogaban perfectamente con el resto de la literatura de ese campo. Ahora bien, en este caso, como en los restantes, las interpretaciones científicamente orientadas estaban en realidad constreñidas por unos intereses que, nada casualmente, coincidían a grandes rasgos con los de las administraciones coloniales. El objetivo compartido consistía en destacar las permanencias, las inercias atemporales de pueblos que se imaginaban refugiados en un perezoso eterno retorno del que parecían no poder salir sin la ayuda de sus mentores[55]. Vistas a la luz de la actualidad, y de las desconfianzas que suscita el espíritu positivista de una ciencia que, como aquella, carecía del más mínimo sentido de la autocrítica, los argumentos esgrimidos por Panyella en torno a las piezas de las colecciones marroquíes del MEC parecían fantasías propias de una ciencia acreditada al servicio del proyecto colonial, peldaños en la larga y tortuosa escalera que configura la historia del orientalismo.

---

55 Mateo Dieste (2002: 123-124).



## 6. LAS “INSTITUCIONES TOJALES” DEL PROTECTORADO ESPAÑOL

La “orientación científica” de las campañas en Marruecos acreditó su sincronía con el proyecto colonial de otras maneras. Las iniciativas imperiales que los estados europeos habían despegado desde mediados del siglo XIX, amparados por una superioridad tecnológica incontestable, consistieron en su esencia en el ejercicio de una violencia inusitada sobre los pueblos que deseaban someter. El conocimiento generado sobre las naciones colonizadas justificó de un modo u otro esa violencia, dado que las representó como comunidades incapaces de valerse por sí mismas, incluso como resistentes al progreso y civilización encarnados por las potencias metropolitanas. Ahora bien, los métodos y técnicas empleados para aumentar ese conocimiento, una vez se consolidaron las colonias, fueron también expresiones de esa misma violencia, actos en apariencia asépticos y objetivos, y tal vez por ello profundamente deshumanizadores, aplicados forzosamente, sin un consentimiento real, sobre el cuerpo de los/as colonizados/as. Esos estudios, perpetrados en nombre de la ciencia y guiados por principios raciales invocaban, tal y como ha destacado Achille Mbembe, una “lógica del cercado”, esto es, identificaban tipologías raciales y/o étnicas para así fijar, con la mayor precisión posible, restricciones a su circulación[56].



Mujeres retratadas en la azotea de la prisión de Nador.  
Marruecos, 1954 (J. Lacalle, MUEC)

A medida que la acción colonial se consolidó, dejó atrás la brutalidad sin límites desencadenada durante la conquista y dio paso, en virtud del conocimiento acumulado sobre los cuerpos de los/as colonizados/as, a una decantación progresiva por las técnicas de confinamiento, por los espacios de reforma y encauzamiento de las conductas, por las instituciones totales que mortificaban el ego de los/as colonizados/as con el fin de adaptarlos a las necesidades del sistema colonial: peones para los servicios de obras públicas, jornaleros para las haciendas de los colonos, personal de servicio para los hogares de los administradores, trabajadoras sexuales para los prostíbulos situados en las cercanías de las guarniciones militares y, en fin, soldados para nutrir las filas de las tropas coloniales. El “gran encierro” colonial trajo consigo una moral imperialista destinada a “... estructurar las fronteras entre grupos, las identidades raciales y las formas permisibles de interacción sexual y social, para reemplazar así la fluidez desconcertante de épocas anteriores”[58]. El objetivo no era otro que el de desactivar así una movilidad, frecuentación o incluso mestizaje que eran percibidos como una amenaza para el orden colonial. No por azar, los territorios colonizados fueron el escenario privilegiado en el que las potencias europeas ensayaron el ejercicio masivo del internamiento y control poblacional[59]. Los campos de concentrados civiles de Cuba a partir de 1868[60] pusieron en marcha lo que Rigoulot & Kotek llamaron el “siglo de los campos”[61], un proceso que rápidamente se generalizó a lo largo y ancho del mosaico colonial, poco antes de que retornase de ultramar y comenzase a aplicarse sobre las poblaciones civiles de las propias metrópolis.

Una de las técnicas científicas que los expedicionarios del MEC trataron de aplicar sobre la población del protectorado fue la recogida de muestras de huellas dactilares. En una hoja manuscrita conservada en los archivos del MUEC, Panyella exponía con claridad la finalidad que perseguía el proyecto:

“El estudio de las líneas dactilares y palmares, o sea papilares (sic), que realizamos en la Universidad de Barcelona, tiene un interés raciológico, o sea para el estudio de los distintos grupos raciales, y ya se han publicado trabajos sobre negros de la Guinea española, sobre varios grupos de antiguas colonias africanas italianas, sobre vascos, españoles, etc., y ahora se pretende recoger datos para el ulterior estudio de los rifeños”[62].

---

58 Stoler & Cooper (1997: 31).

59 Rahola (2007: 42).

60 Smith & Stucki (2011), Stucki (2018).

61 Rigoulot & Kotek (2000).

62 MEB L128 06 03.

No parece casual que la dactilografía emergiese en 1860 como técnica de identificación personal en el contexto colonial de la Bengala británica, cuando un magistrado del Raj decidió estampar las palmas de la mano mojadas en tinta como medio para acreditar la autoría de los contratos y garantizar así la exigencia de su cumplimiento[63]. Introducida en España en el cuerpo de prisiones en 1909, la dactilografía ofrecía ventajas indudables en el proceso de identificación, de modo que su uso se generalizó en el campo de criminología. Plenamente normalizada, por lo tanto, a mediados del siglo pasado, no resulta sorprendente que Panyella propusiera su empleo en el contexto del protectorado con ocasión de la entrevista que mantuvo con el responsable de la Delegación de Asuntos Indígenas en Tetuán, Tomás García Figueras, y que éste mostrase interés al respecto[64]. Parece evidente que el estudio raciológico del pueblo rifeño comportaba un mecanismo de control cuya eficacia ya había sido probada tanto en contextos coloniales como entre las clases peligrosas, y que en esos mismos momentos empezaba a imponerse sobre el grueso de la población civil española a través de la implementación del primer Documento Nacional de Identidad (1951).

---

63 Ginzburg (2003: 149-151).

64 Diario de campo de Marruecos, 1954 (MEB L128 06 03).

## 7. EUDALD SERRA Y LAS “ESCULTURAS ANTROPOLÓGICAS” EN MARRUECOS

Pero la joya de la corona de las actividades científicas a las que contribuían las campañas de Marruecos eran las “esculturas antropológicas” que modelaba Eudald Serra, compañero infatigable de Panyella, entre otras, en las expediciones al protectorado. Serra, un personaje cosmopolita con una larga experiencia personal en Japón[65] y otros países asiáticos, aportaba a la expedición -al margen de otros intangibles- la excelencia de su técnica escultórica, capaz de llevar a cabo representaciones extremadamente fieles de la fisonomía humana. En un contexto en el que la captación fidedigna de los rasgos fenotípicos se consideraba de enorme utilidad para la determinación de las identidades raciales y para la configuración de una retórica frenológica, los bustos elaborados por Serra añadían un incuestionable interés artístico que hacía de ellos piezas destacadas de cualquier expedición. Panyella estaba convencido de ello, y les reservaba siempre un lugar de honor en el Palau de la Virreina, cuando mostraba a la ciudadanía una selección de las piezas adquiridas en cada nueva expedición. A juzgar por el impacto que causaron las esculturas en el entonces alcalde de Barcelona, Antonio Simarro (él mismo un veterano de Marruecos que poseía la orden de la Mehdauia, condecoración que distinguía a quienes se habían comprometido de un modo u otro con los asuntos del protectorado[66]), impresionado hasta el punto de renovar el apoyo a la “labor escultórica del museo” y aumentar los presupuestos para la adquisición de nuevas colecciones[67], la atención prestada a las esculturas de Serra estaba justificada.

Serra, que a menudo poseía una agenda propia en el marco de las expediciones -en la primera expedición, de 1952, se desplazó por ejemplo a Tánger, mientras Panyella se quedaba en Tetuán, encargado del embalaje de los bultos y demás preparativos para su retorno[68]-, fue aumentando sus actividades escultóricas a medida que se sucedían las expediciones, en consonancia con el reconocimiento creciente que adquiría su trabajo. Así, mientras en la primera expedición sólo realizó 2 bustos, el número aumentó a 5 en 1954 y, finalmente, a 7 nuevas esculturas en 1956[69]. En total, y más allá de las pruebas fallidas y de los encargos destinados a otras instituciones, Serra produjo 14 “esculturas antropológicas” sobre Marruecos durante los años del protectorado.

---

65 Había vivido en Japón entre 1935 y 1948. Vid. Huera & Soriano (1991: 10).

66 Vid. Hernández Navarro (2017).

67 Carta de Panyella a Sabater Pi, firmada en Barcelona el 20 de mayo de 1954 (Arxiu Panyella-Amil, MEB, caja A7 expediente 5).

68 MEB L128 05 04.

69 Carta de Panyella a Sabater Pi, firmada en Barcelona el 20 de mayo de 1954 (Arxiu Panyella-Amil, MEB, caps A7 expedient 5). Se trata de los datos aportados por el propio Carta de Panyella a Sabater Pi, firmada en Barcelona el 20 de mayo de 1954 (Arxiu Panyella-Amil, MEB, caps A7 expedient 5). Se trata de los datos aportados por el propio Panyella. Soriano (2010: 7), que fue conservadora del Museu Etnològic de Barcelona durante varios años, aportaba cifras distintas para 1954: en esa expedición, Serra habría producido 12 esculturas, de las que solo 2 habrían recalado en el museo. El total, en ese caso, de esculturas de Serra en el MEC ascendería a 11.



Esculturas "antropológicas" realizadas por Eudald Serra con modelos marroquíes durante las expediciones etnográficas 1954-1956. (Foto Solé, MUEC)

El procedimiento era lento, caro -Serra era convenientemente retribuido por cada una de ellas- y extremadamente laborioso, porque el escultor era muy exigente en su búsqueda de "... individus ben representatius, sense mestissatges amb altres pobles..."[70], un deseo de pureza que, al menos en el protectorado, y como veremos seguidamente, se vio complicado por la dificultad para obtener el consentimiento de los/as modelos. En cualquier caso, las referencias al conjunto de iniciativas necesarias para la elaboración de esas esculturas ocupan numerosas páginas y fotografías en el archivo que actualmente aloja el MUEC, por lo que resulta relativamente fácil documentar las circunstancias en que aquéllas se llevaron a cabo. En la memoria correspondiente a la tercera y última expedición al protectorado, en 1956, Panyella se detenía a describir alguna de esas circunstancias, poniendo cuidado en subrayar la respuesta que había dado a los eventuales problemas éticos que pudiera suscitar semejante actividad:

“La labor del escultor antropólogo de la expedición, Sr. Serra Güell, ha sido de 7 cabezas de hombres y mujeres de características raciales muy acusadas. Todos los modelos han sido escogidos por nosotros entre grupos numerosos, labor facilitada por las autoridades españolas, que pusieron a nuestra disposición formaciones de marroquíes de las fuerzas armadas y la policía y de las prisiones, lugares donde es más fácil vencer la resistencia de los musulmanes a dejar reproducir su efigie en escultura, salvando la prohibición coránica que, para evitar la idolatría, prohíbe la escultura. Debemos hacer constar que en ningún caso se ha forzado el consentimiento del interesado y que a todos los modelos se les ha gratificado (...) El capítulo de las mujeres, más difícil aún, se ha salvado buscando los modelos en la cárcel, el reformatorio y las casas públicas, lo que ha permitido obtener tres esculturas seleccionadas a las que se ha dedicado mucha atención y paciente labor, comprobando uno a uno los rasgos faciales, tanto los óseos como los de las partes blandas, así como las disimetrías y pequeñas deformidades personales normales, con lo que se ha obtenido una extraordinaria fidelidad antropológica y fisiognómica, aunada a un suave soplo artístico que les da vida”[71].

Merece la pena detenerse en este fragmento. Como en una ocasión señaló con lucidez Achille Mbembe, uno de los rasgos de la violencia colonial era su miniaturización, su tendencia a emerger, hasta hacerse detectable, en los detalles más pequeños, en las situaciones más concretas e incluso banales[72]. La naturalidad con la que Panyella describía el ejercicio de esa violencia, en aras de la ciencia y el arte, es significativa, pues resaltaba en distintos planos encadenados la intensa compresión a la que se veían sometidas las sociedades colonizadas. Es cierto que la necesidad que Panyella manifestaba de subrayar el consentimiento sincero de los/as modelos denotaba precisamente que él mismo albergaba algunas dudas sobre la honestidad del proyecto. He ahí un ejemplo, si se quiere, que demuestra que el proceso mismo no se había naturalizado por completo, que existían fisuras que Panyella sólo acertaba a rellenar con una mención explícita a las gratificaciones de que eran objeto los/as modelos. En efecto, en la documentación conservada de las expediciones se acreditan una y otra vez esos pagos, las remuneraciones que recibían los/as modelos, y no parece que ninguno/a de ellos/as quedase al margen de las retribuciones.

---

70 Huera & Soriano (1991: 28).

71 MEB L128 07 01.

Ahora bien, que esa remuneración, por justa y cabal que pareciese en el marco salarial del protectorado, constituyese una garantía por sí misma del pleno consentimiento de los/as seleccionados/as, eso es harina de otro costal. De hecho, la prueba más convincente de que los/as modelos eran por lo general reacios/as a posar para Serra la encontramos en los diarios de este último, trufados de comentarios decepcionados ante la incomparecencia de tal o cual modelo apalabrado previamente. Véanse, por ejemplo, las notas del 4 de noviembre de 1952:

“Por la mañana voy en busca de modelo, encuentro una rifeña de unos 35 años (...) Fusta, el modelo que esperaba hacer, tampoco está. La muchacha de servicio del hotel, que también estaba fichada, tampoco está. Me entero que en la “Mejala” hay un soldado indígena rubio. Llamo al capitán Sobrino. Lo localizo en casa del teniente coronel de los “Mejelas”. Le pregunto si puede ayudarme en conseguir este modelo. Lo consulta con el T.C. [teniente coronel], me dice OK y que me presente al día siguiente al cuartel”[73].

Alguien podría suponer que se trataba del típico error del principiante, lego en asuntos marroquíes, y que las reticencias de los/as modelos disminuirían a medida que Panyella y Serra adquirirían las necesarias competencias culturales. Pero no fue así. En la tercera expedición, el 18 de enero de 1956, las cosas no parecían haber mejorado:

“Por la mañana no viene, por la tarde intento localizarla, pide 200 pesetas para quedarse el resto del día. Considero que es una mala pasada, y que no vale la pena continuar”[74].

Podemos, como hacía constantemente Panyella, invocar reglas culturales inmanentes y aceptar que “... la mayor dificultad estriba en la extraordinaria prevención musulmana a que el cristiano entre en su hogar, y especialmente a que vea las mujeres”. De hecho, esa era la razón que los expedicionarios aducían para decantarse, desde su primera estancia en Tetuán, por contactar con “mujeres de mala vida” en sus periódicas visitas al barrio moro. Así, el 14 de octubre de 1952, al día siguiente de su aterrizaje en la capital del protectorado, Panyella consignaba en su diario de campo algunas observaciones significativas sobre el “barrio chino” tetuaní:

---

73 Cuadernos de Viaje, 1947-1991 (Fundació Folch de Barcelona).

74 Cuadernos de Viaje, 1947-1991 (Fundació Folch de Barcelona).

“Casas distintas del barrio comercial. Tabernas prostíbulos (...) Uno de ellos con una ventana en el piso alto por la que solo puede asomarse la cabeza. Al pie, en la puerta, una cabileña -rifeña- tatuada, al observar nuestras miradas, se baja el vestido sin mangas, debajo del que no llevaba nada, mostrándonos los senos firmes y tatuados. Rehúsa que se le haga una foto. Hay muchas españolas también dedicadas, y algunas judías”.<sup>[76]</sup>

Como en el caso del protectorado francés vecino -donde en Casablanca se llegó a convertir todo el barrio de Bousbir en un gigantesco prostíbulo, una auténtica zona de internamiento<sup>[77]</sup>-, las autoridades del protectorado español habían intentado vanamente controlar el trabajo sexual. La combinación de la abolición de la esclavitud a inicios del siglo XX y el desarraigo y miseria provocados por el cataclismo de la ocupación colonial había abocado a numerosas mujeres al trabajo sexual en las ciudades o junto a las guarniciones militares. Esa explosión incontrolada de la prostitución constituía un problema sanitario y de orden público para la administración, tanto por la expansión de las enfermedades de transmisión sexual entre la tropa como por la frecuencia e intensidad de las peleas que tenían lugar en las casas de lenocinio, donde el trabajo sexual se mezclaba a menudo con el consumo excesivo de alcohol. En Tetuán, la administración española había tratado por su parte de prohibir el ejercicio de la prostitución en el espacio público y confinarlo en ciertos barrios, como el de Al-Saniya (o Sania), junto a la kasbah, o en áreas periféricas como Seloui, mientras una orden emitida justamente en 1952 aumentaba a doce los prostíbulos oficiales de la ciudad, con la esperanza de someterlos a control<sup>[78]</sup>. Como decimos, esa voluntad de control fue en vano, porque el trabajo sexual campó a sus anchas, aunque fuera de manera discreta y en cierto modo clandestina, en bares y cafés que se hallaban al margen de los barrios indicados. En el marco del protectorado español, y de modo parecido a como sucedía en el resto de las colonias norteafricanas, el ejercicio y gestión de la prostitución permitía vislumbrar una “... impactante radiografía de la situación colonial...” que experimentaba las tensiones provocadas por “... una combinación insólita y explosiva de racialismo, capitalismo y moralismo”<sup>[79]</sup>.

---

75 MEB L128 06 07.

76 MEB L128 05 02.

77 Vid. Mathieu & Maury (2013).

78 Etxenagusía Atutxa (2018: 194).

79 Taraud (2003: 2).



Ahora bien, en el caso de las campañas del MEC al protectorado, la decisión de visitar las casas públicas a la búsqueda de modelos femeninas que se prestasen a posar para Serra no fue una feliz casualidad descubierta ante las reiteradas negativas de otras candidatas carentes del estigma de las trabajadoras sexuales, ni tampoco una solución de compromiso escogida de modo improvisado. Existían, evidentemente, reticencias de la parte de las mujeres contactadas a ser retratadas por el escultor español, pero atribuir esa resistencia únicamente al celoso código del honor marroquí supone encubrir la compleja situación ante la que se veían las mujeres que recibían la oferta de los expedicionarios, el marco colonial en que tenían lugar esas interacciones, en condiciones de profunda desigualdad estructural. Desconocemos si Serra había acumulado experiencia previa al respecto en su largo periplo asiático[80], pero, al menos en el caso de las expediciones al protectorado, el recurso a las trabajadoras sexuales como modelos fue sistemático y deliberado, y se produjo a lo largo de las tres campañas, en todas las ocasiones en que eso fue posible. En diciembre de 1955, con ocasión de la tercera expedición, y recién llegados a Tetuán, Panyella y Serra se fueron una vez más de visita al “barrio de la kasbah” (La Sania, con toda probabilidad), para tomar “...un te (sic) con las chicas de la casa que las tiene mejores [e iniciaron] la contrata de una de ellas, de rasgos algo negroides”[81].



Retratos en el Museo Arqueológico de Tetuán. Marruecos, 1954 (J. Lacalle, MUEC)

---

80 Sabemos, por ejemplo, que ya había realizado obras parecidas en Japón, en 1937 y en 1939, así como en su visita de 1947 a la isla de Hokkaido, pero desconocemos las condiciones en que se seleccionaron los modelos. Vid. Huera & Soriano (1991: 26).

81 MEB L128 07 02.

Quien refiere de forma más explícita esos encuentros en los prostíbulos, el auténtico pase de revista que hacían los expedicionarios, examinando los rasgos de las posibles candidatas a la búsqueda de la tipología racial adecuada, es el propio Serra, lacónico y pragmático, quien en sus diarios describía cómo, asqueado de no dar con las modelos adecuadas entre las jóvenes que le presentaba Maimon, el ordenanza del Museo Arqueológico, salía a la calle para recorrer el barrio de la kasbah, a la caza de una joven dispuesta a posar[82]. Una nueva alusión al tema en sus diarios, esta vez con ocasión de la visita que realizaron a Xauen el 5 de enero de 1956, revela que esas visitas no se circunscribían al barrio de la Sania:

“Acompañados por el Sr. Adolfo [?] visitamos las cuatro o cinco casas de prostitución en busca de modelo. Solo una sirve, y es de la zona de Arcila (Atlántico) (...) Las muchachas, en general, intocables. Instalo mi taller en la intervención, en el despacho del topógrafo. Ventanas altas y buena luz”. [83]

Sea como fuere, el recurso a las trabajadoras sexuales estaba plagado de inconvenientes, y aunque los expedicionarios lo explotaron a conciencia, son frecuentes las muestras de decepción tanto de Panyella como de Serra al respecto. Una de éstas, tal vez, nos aclara sobre el sentido y circunstancias que explican ese sentimiento constante de frustración. En la expedición de 1956, Panyella dirigía una carta a Inocencio Recio Ferreras, quien previsiblemente trabajaba en la Intervención de Alhucemas, excusándose por no haberse despedido de manera conveniente de él:

“Le ruego nos disculpe por habernos marchado sin despedirnos, pero ello fue debido a una decisión repentina al no querer aceptar una mala jugada que nos hizo la “dueña de la casa”, que sin querer recibirnos nos pedía una cantidad cuádruple a la que se paga en España por la modelo que nos prestaba. No nos parecía discreto reclamar ni entablar discusión, de manera que deshicimos el trabajo hecho por la mañana y salimos a las tres de la madrugada” [84].

---

82 Cuadernos de Viaje, 1947-1991 (Fundació Folch de Barcelona).

83 *Cuadernos de Viaje, 1947-1991* (Fundació Folch de Barcelona).

84 MEB L128 07 06.



Mujeres retratadas en la azotea de la prisión de Nador. Marruecos, 1954 (J. Lacalle, MUEC)

En definitiva, se trataba de un problema de disciplina. Por bien que abocadas a una actividad estigmatizada, y en situación de enorme vulnerabilidad ante las extralimitaciones de los eventuales clientes, militares en su mayor parte, las trabajadoras sexuales -en realidad, las responsables de los prostíbulos- disponían pese a todo de suficiente margen de maniobra como para rechazar las ofertas de los expedicionarios, para tratar de imponer sus propias condiciones en una negociación que, por lo general, no era bien recibida por aquéllos. No había, por encima de ellas, una autoridad que les obligase a acatar decisiones negociadas a sus espaldas. Es por ello que la mayor parte de las modelos femeninas que finalmente fueron retratadas por Serra procedían de prisiones y reformatorios, lugares de confinamiento regidos por una jerarquía vertical en el que la agencia de las internas se reducía drásticamente, quedando muchas veces a expensas de la voluntad de sus administradores/as.

## 8. ARTE, CIENCIA Y DISPOSITIVOS COLONIALES DE DISCIPLINA

A nuestro parecer, está por escribirse la historia del sistema penitenciario durante el protectorado español, esa porción del “gran encierro” colonial que corresponde a la iniciativa imperial española moderna en África. Las referencias que aparecen aquí y allá en los documentos alojados en el MUEC sobre las campañas en el protectorado son escasas, aunque, junto con algunas otras referencias externas, permiten intuir un universo concentracional extenso, lo que por otra parte es coherente con la naturaleza profundamente autoritaria del dominio colonial. En su tesis doctoral sobre la prostitución en el marco del protectorado, Etxenagusia Atutxa alude a las prisiones de Tetuán y Uad Lau, donde eran trasladadas las trabajadoras sexuales marroquíes condenadas por delitos de embriaguez o por haber protagonizado o participado en peleas[85]. Aunque no conocemos bien el código penal y el régimen de sanciones que se aplicaban en el protectorado, una nota tangencial en los diarios de Serra nos ayuda a comprender hasta qué punto los delitos que abocaban a las mujeres a prisiones y reformatorios de la colonia dependían de una “moral imperial” que caía, como una losa, sobre los cuerpos de sus víctimas. En Nador, el 23 de abril de 1954, y una vez más desesperado al no encontrar ninguna modelo disponible, Serra se dirigió a las autoridades para lograr un permiso y acceder a la cárcel de aquella ciudad:

“No he podido conseguir modelo. Visito otra vez al comandante de Información y consigo que me den permiso para trabajar en la cárcel. El Sr. Mendoza, director de la cárcel, muy amablemente me ofreció todas las facilidades. Visitamos primero la sección de Hombres, hay varios tipos interesantes. Luego el departamento de mujeres, hay varias que pueden servir como modelo, especialmente una, que es la que escojo. Es de una cabila cercana y está allí por embarazo ilegítimo, como la mayoría de ellas, excepto una que le llaman el cabo que está por cómplice en un crimen que sucedió hace doce años. La pena por embarazo ilegítimo oscila entre dos o tres años para las solteras y de cinco a siete para las viudas y seis las divorciadas. Por la tarde a las 3 empiezo a modelar en una de las celdas. Al principio estoy solo con la directora de la sección de mujeres, una española muy agradable que me da toda clase de datos, luego se llena la celda de mujeres, muchas de ellas con el crío nacido en la cárcel. Finalmente, el cabo las hace despejar y termino solo hasta las seis y media”[86].

---

85 Etxenagusia Atutxa (2018: 336).

86 Cuadernos de Viaje, 1947-1991 (Fundació Folch de Barcelona).

Si hacemos caso a los argumentos que Serra recogió probablemente de boca de la directora de la sección de mujeres, la reclusión de cientos de jóvenes que cumplían condenas por embarazos “ilegítimos”, junto con las penas a las que se veían expuestas las trabajadoras sexuales, castigadas más por lo que eran que por lo que realmente habían podido hacer, el panorama punitivo del protectorado en relación con las costumbres morales parecía cebarse especialmente con el cuerpo de las colonizadas, en el punto de mira de un aparato represivo que, si no garantizaba su virtud, sí al menos hacía caer sobre ellas el peso de la justicia colonial. Las expediciones del MEC se aprovecharon claramente de esos dispositivos de confinamiento para conseguir unos modelos que les habían resultado esquivas por cualquier otro medio. En la tercera expedición, Serra y Panyella, una vez más por mediación del inefable Tomás García Figueras, tuvieron la oportunidad de acceder el 31 de diciembre de 1955 al Reformatorio Femenino Musulmán de Tetuán. Con ocasión de esa visita, la directora, Enriqueta Colomer Hernández, hizo formar a todas las jóvenes para que pudieran ser examinadas por los expedicionarios, que al parecer seleccionaron a una de ellas, “de rasgos muy acusados”, concertando el modelado, en principio, para el día siguiente. A pesar de que la directora del reformatorio se ofreció a enviarles las jóvenes seleccionadas a la dirección que ellos eligiesen[87], el escultor no debía estar muy convencido, porque, tras visitar infructuosamente la prisión territorial en busca de otras modelos, Serra volvió al reformatorio el 2 de enero y pidió que algunas de las jóvenes volviesen a formar para tomarles unas fotografías. Finalmente, se decidió a realizar el busto de la joven que había seleccionado en la visita anterior[88]. La disponibilidad de las jóvenes ante las solicitudes de los expedicionarios, era, como se ve, completa.

Por lo que hace a los modelos masculinos, las cosas no eran muy diferentes. A pesar de algunas tentativas de contar con modelos improvisados, contactados en una obra o en las propias calles de Tetuán, todos los modelos cuyos bustos a la postre esculpió Serra procedían de soldados afiliados a las distintas unidades indígenas del ejército español o bien de las cárceles del protectorado. De manera tangencial, Panyella dejaba caer en sus diarios alguna indicación sobre los modelos elegidos que permite identificar las unidades de pertenencia (los Tabores de Regulares, la Mehaznia, la Mehalla jalifiana...) o incluso las razones que los habían abocado a prisión: una pelea con otro recluta, un “prisionero nacionalista”, la condición de “fumador de kif”, etc.[89]. Con errores y de manera incompleta, consignaba la adscripción tribal y la fracción correspondiente, en consonancia con los criterios clasificatorios que empleaba la administración del protectorado, y poco más. A través de los escuetos diarios de Serra, en cambio, advertimos que las reticencias a colaborar en el posado iban más allá del simple rechazo personal. Con ocasión de la visita a la prisión de Nador el 13 de enero de 1956, Serra recogía un comentario revelador:

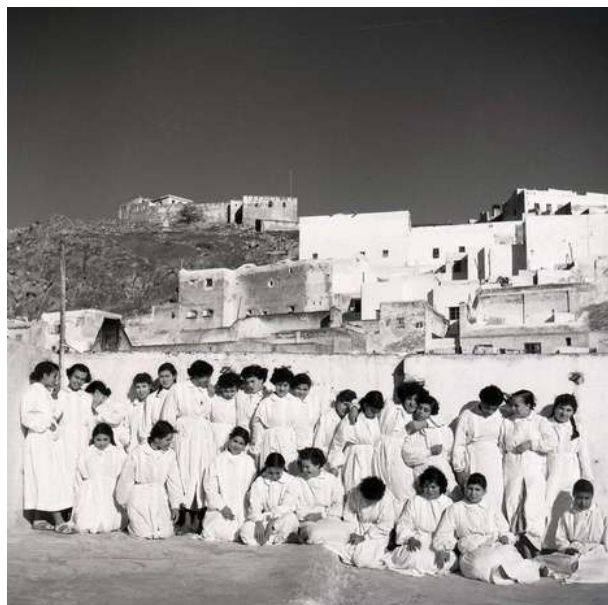
---

87 MEB L128 07 06.

88 Cuadernos de Viaje, 1947-1991 (Fundació Folch de Barcelona)

89 MEB L128 07 02.

“Visita a la prisión, entre las mujeres no encontramos nadie que sirva. Hay varias que conocemos del año pasado, se muestran muy contentas de vernos. Entre los hombres hay dos que seleccionamos. Parece que ha corrido la voz entre ellos de no prestarse a servir de modelo. Finalmente, y gracias a la intervención del Director, uno de ellos accede a posar”[90].

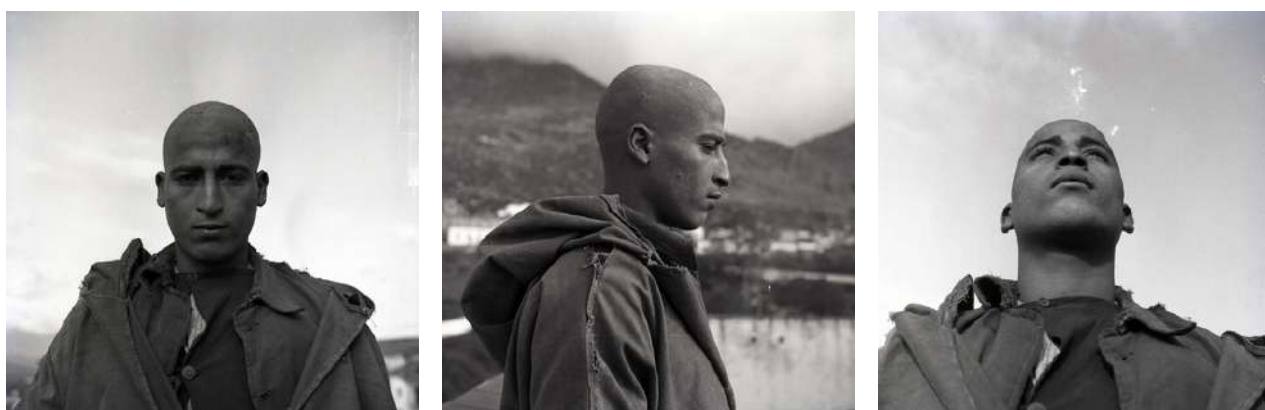


Jóvenes retratadas en el reformatorio de Tetuán.  
Marruecos, 1956 (A.D., MUEC)

El recurso a los centros de internamiento abiertos o mantenidos por la administración del protectorado, el uso sistemático y desacomplejado de las instituciones totales que tenían a su alcance para garantizarse la colaboración de los/as modelos que cumpliesen sus expectativas, permite sembrar dudas sobre esa lógica del pleno consentimiento de la que presumían los expedicionarios del MEC. La simple retribución de los/as modelos no da cuenta de las amenazas más o menos veladas que aquéllos podían recibir, de las mil y una formas de presión que la institución podía ejercer sobre ellos/as. Si los propios expedicionarios fueron capaces de constatar la existencia de formas organizadas de resistencia a su trabajo, cabe pensar que se produjeron otras que les pudieron haber pasado desapercibidas. En un marco colonial que castigaba tan severamente toda forma de desobediencia –ya fuese voluntaria o no-, y en el que las mujeres racializadas sufrían especialmente el fervor punitivo del protectorado, beneficiarse de la reclusión forzada para llevar a cabo un proyecto con visos científicos era,

inevitablemente, una forma de legitimar ese aparato represivo, presentando además la actividad científica como un procedimiento abstracto e independiente de las condiciones necesarias para su realización. Una forma de ceguera irreflexiva en el mejor de los casos, un gesto cínico y egoísta en el peor.

No se trata únicamente de que los/as modelos se presentasen –por bien que sabemos que no fue así– como figurantes pasivos, desprovistos de toda agencia. Apenas se percibe, en la documentación que resta de las dos primeras expediciones, la voluntad de registrar correctamente sus nombres, de insuflar algo de profundidad a esos bustos inertes. Es sólo con ocasión de la tercera expedición, en 1956, cuando los/as modelos se identifican con mayor precisión. Como ya se ha señalado, y al margen de los rasgos fenotípicos que justificaron su elección, el registro informal llevado a cabo por los expedicionarios apenas aportaba otros datos complementarios que pudiera ayudarnos a conocerlos, saber quiénes eran, a interesarnos por sus preocupaciones, entender qué les había llevado al lugar en el que se tropezaron con ellos[91]. Tal vez toda esa información no resultase relevante para un escultor, pero resulta más difícil de justificar en un proyecto de antropología. Es cierto que actuar como si la barbarie del dominio colonial no afectase sobre las condiciones de la investigación no era, en aquel momento, una actitud en absoluto excepcional, pero que fuese un mal de muchos no comporta tampoco ninguna credencial de pertinencia científica ni vuelve incuestionables los principios éticos y políticos que inspiraron el proyecto, es lógico pensar que su colaboración gestionado en su mayor parte por militares, y que, en esas condiciones, es lógico pensar que su colaboración en las iniciativas culturales auspiciadas por la administración estuviese asimismo cargada de discursos ocultos y de tácticas de evasión y resistencia. A estas alturas conocemos suficientemente los mecanismos que desencadena una situación colonial, las heridas que abre y las elipsis que la presiden, y que muchas veces se prolongan hasta nuestros días, configurando zonas de sombra, especialmente en la memoria colectiva de las antiguas metrópolis.



Retratos de un joven soldado en Xauen. Marruecos, 1956 (A.D., MUEC)

---

91 Y cuando esta información existía, era omitida convenientemente en el momento de exhibir las piezas. Véase, si no, Huera & Soriano (1991).

La amnesia impuesta sobre el legado colonial no es, necesariamente, un acto programado por las elites culturales de un país, una suerte de conspiración destinada a sustraer deliberadamente fragmentos de un pasado común y someterlos al olvido, sino que es un proceso que se alimenta de autocensura, de pequeñas omisiones y de tabúes cronificados. De un modo u otro, todos/as acabamos por participar de ella cuando reproducimos esos silencios. Este informe no pretende formular un juicio sumario sobre la actividad desarrollada por el Museo Etnológico y Colonial de Barcelona y por quienes la protagonizaron, pues carecemos de esa potestad. No desea adoptar un punto de vista ventajista sobre la historia de una institución cultural creada y consolidada bajo la dictadura franquista, y que, como no podía ser de otra manera, contribuyó con sus actividades a reproducir el mismo orden que le vio nacer. Lo que intenta es, precisamente, arrojar algo de luz sobre esas sombras, revisar la historia de las expediciones etnológicas al protectorado sobre Marruecos interesándose por aquellas cosas que hasta el momento no habían sido dichas, bien porque no parecían interesantes –y al lector que corresponderá decir si lo son o no-, bien porque los propios hábitos de la institución las había relegado por pudor o sentido común. Conocer algunas de las circunstancias en que tuvieron lugar esas expediciones es, creemos, una manera de enriquecer nuestro juicio, no de dictar sentencia.

---

92 Véase, a modo de ejemplo, Valderrama (1956).



# REFERENCIAS CITADAS

ETXENAGUSIA ATUTXA, B. (2018): La prostitución en el protectorado español en Marruecos (1912-1956). Tesis doctoral. Barcelona: Universitat Pompeu Fabra.

GEERTZ, C. (1979): "Suq: the bazaar economy in Sefrou", C. Geertz, H. Geertz & L. Rosen, Meaning and order in a Moroccan Society. Cambridge: Cambridge University Press; 123-313

GINZBURG, C. (2003): Tentativas. Michoacán: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

GOFFMAN, E. (2007): Internados. Buenos Aires: Amorrortu.

GONZALBES, E. & PARODI, M. J. (2011): "Miguel Tarradell y la arqueología del Norte de Marruecos", VV.AA., Arqueología y turismo en el Círculo del estrecho. Cádiz: servicios de Publicaciones de la Universidad de Cádiz; 199-220.

HART, D. M. (1997a): Estructuras tribales precoloniales en Marruecos bereber, 1860-1933. Granada: Editorial de la Universidad de Granada.

HART, D. M. (1997b): "The Berber Dahir of 1930 in colonial Morocco: then and now (1930-1996)", The Journal of North African Studies, 2 (2); 11-33.

HERNÁNDEZ NAVARRO, F. J. (2017): Emblemática civil y militar del protectorado español en Marruecos (1912-1956). Tesis doctoral. Cádiz: Universidad de Cádiz.

HUERA, C. & SORIANO, D. (1991): Escultures antropològiques d'Eudald Serra i Güell. Barcelona: Fundació Folch & Ajuntament de Barcelona.

MADARIAGA, R. M. (2019): Marruecos, ese gran desconocido. Madrid: Alianza.

MARÍN, M. (2015): Testigos coloniales: españoles en Marruecos. Barcelona: Bellaterra.

MATEO DIESTE, J. L. (2002): "La paraetnografía militar colonial: poder y sistemas de clasificación social", en A. Ramírez & Bernabé López García (eds.), Antropología y antropólogos en Marruecos. Barcelona: Bellaterra; 113-133.

MATEO DIESTE, J. L. (2003): La "hermandad" hispano-marroquí. Política y religión bajo el Protectorado español en marruecos (1912-1956). Barcelona: Fundació la Caixa.

- MATHIEU, J. & MAURY, P. H. (2013): *Bousbir, la prostitution dans le Maroc colonial: ethnographie d'un quartier reserve*. París: París-Méditerranée.
- MBEMBE, A. (2001): *On the postcolony*. Berkeley: University of California Press.
- MBEMBE, A. (2016): *Crítica de la razón negra. Ensayo sobre el racismo contemporáneo*. Barcelona: Futuro Anterior.
- PENNELL, C. R. (2001): *Morocco since 1830*. Nueva York: New York University Press.
- PENNELL, C. R. (2007): "How and why to remember the Rif war (1921-2021)", *Journal of North African Studies*, 22 (5); 798-820.
- RAHOLA, F. (2007): "La forme-camp. Pour une généalogie des lieux de transit et d'internement du présent", *Cultures & Conflicts*, 68; 31-50.
- RIGOULOT, P. & KOTEK, J. (2000): *Le siècle des camps. Détention, concentration, extermination, cent ans de mal radical*. París: J.-C. Lattès.
- RIVET, D. (2012): *Histoire du Maroc. De Moulay Idris à Mohamed VI*. París: Fayard.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, L. A. (1992): "La antropología al servicio del Estado: El instituto "Bernardino de Sahagún" del CSIC", *Disparidades*, 47 (1); 29-44.
- SMITH, I. R. & STUCKI, A. (2011): "The colonial development of concentration camps (1868-1902)", *Journal of Imperial and Commonwealth History*, 39 (3); 417-437.
- SORIANO, M. D. (2010): "Historia, tradición y cultura: las colecciones africanas del período colonial del Museu Etnològic de Barcelona", en *Actas del 7o Congreso Ibérico de Estudios Africanos*. Lisboa; 1-20.
- STOLER, A. L. & COOPER F. (1997): "Between metropole and colony. Rethinking a research agenda", F. Cooper & A. L. Stoler (eds.), *Tensions of empire. Colonial cultures in a bourgeois world*. Berkeley: University of California Press; 1-56.
- STUCKI, A. (2018): "Frequent deaths": the colonial development of concentration camps reconsidered, 1868-1974", *Journal of Genocide Research* DOI: 10.1080/14623528.2018.1429808; 1-22.

TARAUD, C. (2003): *La prostitution coloniale. Algérie, Maroc, Tunisie (1830-1962)*. París: Payot.

VALDERRAMA, F. (1956): *Historia de la acción cultural de España en Marruecos, 1912-1956*. Tetuán: Ed. Marroquí.

VILLANOVA, J. L. (2005): “Los interventores del Protectorado español en Marruecos (1912-1956) como agentes geopolíticos”, *Eria*, 66; 93-111.

VILLANOVA, J. L. (2006): *Los interventores. La piedra angular del Protectorado español en Marruecos*. Barcelona: Bellaterra.

ZADE, M. (2006): *Résistance et Armée de Libération au Maroc (1947-1956)*. Rabat: Haut Commissariat aux Anciens Résistants et Anciens Membres de l'Armée de Libération.